

Gaza, Irán y la Alianza Atlántica en el actual ciclo de tensión internacional



3 febrero

Las dinámicas de seguridad internacional rara vez avanzan en línea recta, más bien, se mueven a través de avances mínimos, retrocesos inesperados y equilibrios inestables que obligan a reajustes constantes. En ese terreno ambiguo, donde la diplomacia convive con la coerción y la gestión de crisis se impone sobre la resolución definitiva de los conflictos, se están produciendo movimientos que merecen una lectura conjunta, no tanto por su impacto inmediato, sino por lo que revelan sobre la evolución del orden estratégico global.

La limitada **reapertura del paso de Rafah** entre Gaza y Egipto, la creciente inquietud del **liderazgo iraní** ante un posible ataque estadounidense y el énfasis renovado de la OTAN en el refuerzo del vínculo transatlántico y la **seguridad del Ártico** forman parte de un mismo marco de fondo, que no es otro que la consolidación de un entorno internacional marcado por la competencia, la fragmentación y el debilitamiento de los mecanismos tradicionales de estabilización. Desde Oriente Próximo hasta el espacio euroatlántico, los márgenes para la distensión se reducen, mientras la **lógica de la disuasión y el control del riesgo** vuelve a imponerse como principio rector.

En este contexto, cada gesto adquiere un valor estratégico que trasciende su dimensión inmediata. La reapertura parcial del paso fronterizo de Rafah no puede entenderse únicamente como una medida humanitaria, sino también como un **instrumento de gestión política del conflicto** palestino-israelí y de contención regional más amplia. Tras meses de cierre casi total, Israel ha autorizado el tránsito limitado de un número reducido de personas, principalmente pacientes que requieren atención médica fuera de la Franja y algunos acompañantes, ya que la medida se inscribe en la **primera fase del alto el fuego** impulsado por Estados Unidos, cuyo objetivo declarado es reducir la intensidad del conflicto y abrir espacios para la negociación.

Sin embargo, el alcance real de esta decisión es modesto y apenas unas decenas de personas pueden cruzar diariamente, sometidas a **estrictos controles de seguridad**, en un territorio donde más de dos millones de habitantes dependen de este paso como una de las escasas vías de conexión con el exterior. Aunque el alivio para los casos más urgentes resulta incuestionable, la situación humanitaria de fondo permanece prácticamente inalterada y es que la **escasez de suministros básicos**, el **colapso del sistema**

sanitario y la **destrucción masiva de infraestructuras** siguen configurando un escenario de extrema vulnerabilidad.

Además, la persistencia de operaciones militares puntuales y la presencia israelí en zonas estratégicas refuerzan la percepción de que el **alto el fuego continúa siendo frágil** y reversible puesto que en ausencia de un marco político creíble que aborde las causas estructurales del conflicto, la reapertura de Rafah se presenta más como un **mecanismo de contención** que como un verdadero paso hacia la estabilización. De este modo, Gaza sigue atrapada en una dinámica cíclica de crisis, treguas temporales y escaladas periódicas, que erosiona progresivamente cualquier expectativa de normalización.

Mientras tanto, Irán afronta un momento particularmente delicado en su política interna, pues fuentes cercanas al poder advierten de una creciente preocupación ante la posibilidad de que un ataque estadounidense contra **objetivos estratégicos iraníes** pueda reactivar un ciclo de protestas de gran magnitud. Las movilizaciones vividas en los últimos años, reprimidas con una dureza inédita desde la revolución islámica, han dejado al descubierto un profundo malestar social alimentado por el **deterioro económico, la corrupción sistémica** y la **pérdida progresiva de legitimidad** del régimen.

A diferencia de episodios anteriores, el liderazgo iraní percibe que su capacidad de control se ha debilitado de forma significativa en la medida en que la presión internacional, materializada en **sanciones prolongadas y aislamiento diplomático**, se ha combinado con un creciente desgaste interno que afecta tanto a las élites políticas como a los cuerpos de seguridad. En este contexto, un golpe militar externo podría actuar como catalizador de una contestación social generalizada, desbordando los mecanismos tradicionales

de represión y generando una crisis de gobernabilidad de consecuencias imprevisibles.

Este temor explica la cautela estratégica que domina actualmente las decisiones de Teherán y aunque el discurso público continúa proyectando firmeza y voluntad de resistencia, en los círculos de poder se reconoce que la **estabilidad del sistema atraviesa una fase crítica**. La posibilidad de una escalada militar regional, unida al riesgo de desbordamiento interno, sitúa al régimen ante un dilema complejo, como es mantener una **postura desafiante** que refuerce su imagen de fortaleza o **moderar su comportamiento** para reducir las probabilidades de un enfrentamiento directo con Washington y sus aliados.

Este entramado de tensiones regionales se proyecta, a su vez, sobre la evolución de la arquitectura de seguridad euroatlántica. En Oslo, la OTAN ha reiterado la necesidad de **reforzar el vínculo transatlántico**, incrementar de forma sostenida la **inversión en defensa** y acelerar la **capacidad industrial militar**, dado que la experiencia de la guerra en Ucrania ha puesto de manifiesto las limitaciones de los modelos productivos occidentales y la urgencia de disponer de cadenas logísticas robustas, capaces de sostener conflictos prolongados de alta intensidad.

La Alianza subraya, además, la importancia creciente del **Ártico como nuevo espacio de competencia geopolítica**. El deshielo progresivo, la apertura de rutas marítimas alternativas y la intensificación de la presencia militar rusa y china han transformado esta región en un escenario estratégico de primer orden, de modo que **garantizar la seguridad del Alto Norte** se ha convertido, por tanto, en una prioridad para los aliados, conscientes de que cualquier

alteración del equilibrio en esta zona tendría repercusiones directas sobre la estabilidad del flanco norte europeo y la seguridad marítima global.

Desde una perspectiva más amplia, la convergencia de estos tres focos pone de relieve una tendencia estructural hacia la **fragmentación del orden internacional**, mientras que la lógica de la cooperación multilateral cede terreno frente a dinámicas de competencia, disuasión y alineamiento en bloques, reduciendo los márgenes para soluciones diplomáticas duraderas. En este entorno, las crisis tienden a solaparse, generando efectos en cascada que **complican la gestión estratégica y elevan el riesgo de escaladas** no intencionadas.

Para Europa, las implicaciones son particularmente relevantes, pues bien la persistencia del conflicto en Gaza mantiene una **presión constante sobre la política exterior comunitaria** y contribuye a alimentar tensiones internas en el seno de la Unión. Al mismo tiempo, un eventual colapso interno en Irán tendría efectos directos sobre los mercados energéticos, la estabilidad del Mediterráneo ampliado y los flujos migratorios. Todo ello coincide con la necesidad de asumir mayores compromisos en materia de defensa, en un contexto económico marcado por la desaceleración, la inflación persistente y un notable desgaste social.